

1st Tuesday of Ordinary Time. 1/10/2023

Escuchamos en el Evangelio según San Marcos cómo la gente se queda asombrada de ver la autoridad con que enseña Jesús en la sinagoga. Y ven esa autoridad confirmada cuando arroja de un hombre un espíritu inmundo que lo tenía poseído. En otro pasaje los discípulos quedarán asombrados también de que una tormenta obedezca las órdenes de Jesús. ¿Qué límites puede tener la autoridad de Dios, que creó el universo de la nada, que le dio sus leyes y su belleza? Nos impresiona, nos asombra su poder. La autoridad de Dios no es tiránica ni caprichosa. Tampoco es una autoridad que crea al mundo y luego se aleja de él. La autoridad de Dios es bondadosa y paternal, y se aplica en beneficio de nosotros,

sus hijos. Y Jesús revela esa autoridad en sus palabras y en sus obras.

Pero este Dios que todo lo puede también quiso ponerse a sí mismo un límite: el corazón del ser humano. Dios nos llama, nos señala el camino, nos llena de bendiciones, nos invita a compartir su propia vida divina, nos da los medios para unirnos con él en la iglesia, los sacramentos, la oración. Y al mismo tiempo nos deja espacio para escoger. En los Evangelios escuchamos cómo las fuerzas del mal y las fuerzas de la naturaleza se someten a su autoridad, pero a nadie obliga a ser su amigo. Jesús ofrece, invita, llora por nuestro rechazo, pero no obliga. La aclamación antes del Evangelio de hoy nos dice: “Reciban la palabra de Dios”. Eso es lo que está de nuestra parte: recibirlo. Sólo

en la libertad se hace posible el amor, y con el amor, se hace posible nuestra vocación de hijos de Dios.

Al acercanos a Jesús en la communion, pidamosle la gracia de someternos a su bendita autoridad, de poner nuestra vida y nuestra voluntad en sus manos, para que nos haga gozosos hijos de Dios e instrumentos de su amor en el mundo.

We hear today in the Gospel according to Mark how people are astonished to see the authority of Jesus teaching in the synagogue. And they see that authority confirmed when he throws out an unclean spirit that had possessed a man. In another passage the disciples will be amazed to see that a storm obeys the orders of Jesus.

What limits can there be to the authority of God, who created the universe from nothing, who gave it its laws and its beauty? His power is astonishing, amazing. The authority of God is not tyrannical or capricious. Nor is it an authority that creates the world and then turns away from it. The authority of God is providential and fatherly, and it is applied for our benefit. Jesus reveals that authority in his words and in his deeds.

But this God who can do everything also wanted to put a limit on himself: the heart of the human being. God calls us, he points the way, he showers us with blessings, he invites us to share in his own divine life, he gives us the means to be united with him. And at the same time, he gives us room to choose. In the Gospels we hear how the forces of evil and the forces of nature submit to his

authority, but he forces no one to be his friend. Jesus offers, invites, weeps for our rejection, but he does not force us. The acclamation before today's Gospel tells us: "Receive the word of God". That is our part: to receive him. Only in freedom is love made possible, and with love, our vocation as children of God is also made possible.

As we approach Jesus in communion, let us ask him for the grace to submit to his blessed authority, to place our lives and our wills in his hands, so that he may make us joyful children of God and instruments of his love in the world.